



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Acevedo Gaviria, Claudia
Eduardo Caballero Calderón: panorámica de su obra ensayística
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 27, julio-diciembre, 2010, pp. 119-134
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498355927007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Eduardo Caballero Calderón: panorámica de su obra ensayística

Eduardo Caballero Calderon: an approach to his essays

*Claudia Acevedo Gaviria**
Universidad de Antioquia

Recibido: 29 de octubre de 2010. Aprobado: 10 de diciembre de 2010 (Eds.)

Resumen: este artículo dedicado a Eduardo Caballero Calderón se aproxima a su obra ensayística tan poco estudiada y divulgada en el medio académico. Se hará una exploración descriptiva de sus juicios críticos más relevantes. Entre ellos asuntos tan diversos como la relación entre América y Europa, las situaciones políticas, económicas y culturales en Latinoamérica y Colombia, el tema de las regiones de Colombia y su geografía y, algunos tópicos de carácter filosófico. Se busca incitar en el ánimo del lector académico o desprevenido el interés por la lectura del género ensayístico que tan bien practicó el autor de *El cristo de espaldas*, su obra más reconocida.

Descriptores: Autores de Cundinamarca; Literaturas de Cundinamarca; Literatura del siglo XX; Essay; Caballero Calderón, Eduardo.

Abstract: This article approaches Eduardo Caballero Calderon's essays so little studied in the academic milieu and infrequently published. It will do a descriptive exploration of his more relevant critical evaluations, among them issues such as relationship between Latin America and Europe, Latin American and Colombian political, economical, and cultural situations, the topic of Colombian regions and their geography, and some topics of philosophical character. One aim of this article is to motivate readers in general an interest for this literary genre so well performed by the author of *El cristo de espaldas*, his most acknowledged novel.

Key words: 20th c. Colombian literature; Essay; Caballero Calderón, Eduardo.

* Docente Área de Literatura. Facultad de Comunicaciones. Magíster en Literatura Colombiana (claped@une.net.co).

I

En un artículo periodístico titulado “La superstición de lo extranjero” decía el ensayista y crítico colombiano Baldomero Sanín Cano que “hay talentos en continuo estado de transformación capaces en toda época de asimilarse no solamente las ideas, sino de comprender el variado prestigio de las formas. Entre esta clase de inteligencias deben ser buscados y escogidos, por medio de pruebas rigurosas, los hombres a quienes el gobierno haya de otorgar el favor de enviarlos a enriquecer su mente en beneficio de la patria” (1928, 255).¹

Estas palabras expresadas en 1928 por uno de los intelectuales de más prestigio en Colombia y en el exterior, bien pueden acomodarse y reflejar la índole crítica del también escritor y ensayista colombiano Eduardo Caballero Calderón, quien se inició en el medio periodístico, particularmente en los periódicos *El Espectador* y *El Tiempo*, diarios en los reveló su verdadero temple de ensayista y analista de la sociedad colombiana.

Caballero Calderón es considerado por la crítica como un escritor prolífico que publicó cuentos y novelas con los que alcanzó premios significativos como el Eugenio Nadal con *El buen salvaje*; también escribió memorias infantiles y cuentos históricos (*Bolívar una historia que parece un cuento*) los cuales siguen siendo una rica veta por explorar y analizar, pues la mayor parte de la atención de sus estudiosos se ha centrado en su obra novelística. Sin embargo, el género ensayístico que practicó con grandes aciertos, abordando diversos temas, tanto europeos como americanos, ha sido poco conocido y divulgado.² Algunas de sus publicaciones son los ensayos *Suramérica, Tierra del hombre* (1944, vuelta a revisar y reeditar en 1955), *Latinoamérica un mundo por hacer* (1944), *Breviario de don Quijote* (1947), *Ancha es Castilla* (1950), *Americanos y europeos* (1956) *Historia*

1 En: *Ideología y cultura*. Tomo I. Volumen I. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1998.

2 Para el caso, tengamos en cuenta, que su obra literaria pocas veces se ha reeditado, exceptuando quizás *El cristo de espaldas*, una sus novelas más conocidas y analizadas en el ámbito cadémico, y, la reciente publicación que acaba de lanzar el Ministerio de Cultura a propósito de la celebración del natalicio del autor: *Tipacoque. Diario de ayer a hoy, Manuel Pacho y Caín*. Sin embargo, su obra ensayística que comprende temas tan diversos como la conquista y la independencia, las relaciones e influencias entre América y Europa, la política latinoamericana y colombiana y, el conflicto campo-ciudad, entre otros, no se reedita ni lee en la actualidad.

privada de los colombianos (1960), *Los campesinos* (1962) (recopilación de artículos de prensa) y *Hablamientos y pensadurías* (memorias, 1979).³

Su obra en general ha merecido distinciones especiales y ha sido traducida a otras lenguas. Además fue socio fundador en 1954 de la Editorial Guadarrama en Madrid, miembro de la Real Academia de la Lengua y del Círculo de Periodistas de Bogotá y, colaborador de diversas revistas.

Vale la pena entonces explorar esta rica faceta ensayística del autor puesto que en ella se revela su verdadera catadura como hombre letrado de su tiempo, como escritor y como analista de la sociedad en la que le correspondió vivir.

Definir el ensayo en Caballero Calderón implica las mismas dificultades que el género en sí mismo presenta dado que ensayo y ensayista son indisolubles, ambos conforman la misma materia escritural. En Caballero Calderón, pensamiento y estilo se mimetizan en la crónica y el ensayo y asimismo se fusionan ensayista y narrador literario o viceversa. Es decir, hay ensayos que parecen cuentos, verdadero disfrute de la palabra, del lenguaje hecho poesía, de la metáfora y la estética del lenguaje llevado a su máxima expresión, como cuando describe a Manaos en “El alma de la selva”. El lector asiste con sobrecogimiento y deleite a la vez al escenario de la selva, a las descripciones magistrales, melancólicas y poéticas que hace el autor y que recuerdan invariablemente la selva de José Eustasio Rivera en su *Vorágine*.

[...] Pero en ella hay algo más que la soledad angustiosa poblada de enemigos invisibles que acechan en la sombra y dan al hombre la medida exacta de su espantosa miseria; algo más que el sopor de mediodía que riega un veneno letal por todo el cuerpo, paralizando en el hombre el deseo de la acción; más que la melancólica desesperación de la tarde, cuando a la muerte del sol que se incendia y naufraga en un remanso del río se apodera del corazón una tristeza infinita y el sentimiento de la soledad se hace más presente y punzante, y es la predisposición al milagro y la tendencia mental a aceptar incondicionalmente lo maravilloso. En la selva el hombre es una víctima del alma burlona y cruel que vive en los troncos de los árboles. Cuando alguien se queda un poco a la zaga de los compañeros con quienes hace la visita de un siringal en las vecindades de Manaos, tiene la tentación de gritar porque las ramas de los árboles se retuerzen como si quisieran abrazarlo. En el hombre renace poco a poco el salvaje, con los mismos prejuicios [y] pánicos que oscurecen el

3 Recopilados la mayoría en: Caballero Calderón, Eduardo. Obras. Tomo I y II. Medellín: Editorial Bedout, 1963.

espíritu de los moradores del río y con el mismo temblor de voluntad ante la majestad de la selva (1955,277-281).⁴

La vena literaria que caracteriza estos escritos unida a un compromiso social y a una vasta erudición y conocimiento de los temas que trata se corresponde con lo que Óscar Torres Duque,⁵ en su estudio sobre la historia del ensayo en Colombia, denominó libros *sui generis*, aquellos que por su estilo y estructura indefinida se parecen al género ensayístico, con un toque entre humanístico y literario. Caballero Calderón mezcla en *Suramérica, tierra del hombre* (1955), el “dato histórico con la crónica, la breve reflexión con la anécdota, y la nítida descripción del paisaje con la disquisición lingüística” (1996,42).

El ensayo de Caballero Calderón, como cualquier artículo de esta índole, se caracteriza por una “personalidad literaria”, por una “voluntad de estilo” que revela su erudición y cultura general de una manera elocuente e inteligente, pero al mismo tiempo con una elaboración estética del pensamiento.⁶ Su vasta formación intelectual universal le sirve de soporte para desarrollar en detalle apreciaciones históricas, políticas, literarias y hasta filosóficas; valorando lo propio pero sintiendo al mismo tiempo las irradiaciones e influencias de los países de afuera que conocía bastante bien. El mérito y la vigencia que aún estos escritos poseen, a pesar de que muchos de ellos sobrepasan los 50 años, no riñen con las fallas de perspectiva y de dogmatismo que algunos de sus críticos sabiamente le han endilgado. Caballero Calderón como sujeto histórico no podía estar ajeno a las convulsiones del siglo xx con sus cambios y transformaciones que por fuerza tenían que obrar y operar en él una serie de contradicciones que lo llevaban a radicalizar muchas veces sus posturas.

4 Suramérica, *tierra del hombre*. En: Eduardo Caballero Calderón. Obras. Medellín –Colombia: Editorial Bedout, 1963.

5 Torres Duque, Óscar. “Necesidad y problemas de una historia del ensayo en Colombia”, en: *Gaceta. Colcultura*. Bogotá – Colombia. N.º 36, octubre 1996, 48-36.

6 Nuevamente Torres Duque ilustra este aspecto: “La única dimensión concreta del ensayo es la prosa como medio transmisor de pensamiento y el pensamiento es lo mismo que la interioridad anímica, es indomable, irreductible a una única lógica y a una única organización. El ensayo corresponde siempre a una mirada al margen, al matiz, a la excepción, al recodo inexplorado y no dicho de la verdad más trillada o del asunto más detallado. El todo implica y depende de la personalidad del pensador, pero esta personalidad no existe sino como personalidad literaria, como capacidad de re-decir lo dicho, como facultad de reconocer lo disperso y ello de alguna manera implica un pensar en concreto no en abstracto. El ensayo es una forma de relacionarse con una particularidad del mundo a través de las palabras. Éstas, en el ensayo, nombran la relación y la sostienen en su contexto, es decir, nombran un pensamiento” (1996, 44).

II

Es importante mencionar el libro de ensayos titulado *Americanos y Europeos* (1956) en primera instancia, a propósito de la celebración que se hace este año del Bicentenario de la independencia, en este Caballero Calderón pone el dedo en la llaga con respecto a la idea de América en Europa y viceversa, tema que como ya se dijo, hizo parte de las preocupaciones intelectuales y políticas de los hombres letRADos del siglo xx. Citemos a continuación sus afirmaciones a manera de homenaje y reivindicación de su pensamiento:

Para unos, Europa es la cifra de todas las culturas o la conciencia histórica de todas ellas [...] América no representó para Europa, durante tres siglos y medio, sino una válvula de escape. Amplió su horizonte geográfico pero dejó intacta su conciencia histórica. Estaba al margen de la historia universal en la mentalidad prepotente del súper ego europeo. El descubrimiento de América solo produjo en el europeo un impacto económico, comercial, mercantil (1963,13).

A continuación Esta primera parte de la cita es bastante lapidaria, si bien el autor no está siendo menos considerado con la situación de América ante Europa, también es cierto que no está edulcorando la imagen idílica que los cronista de Indias habían presentado en sus escritos sobre una América fabulosa y fabularia. Sin entrar aquí en los detalles escabrosos de la conquista y la colonización y toda la tinta que ha corrido alrededor de estos hechos, no se puede desconocer que la historia de América se hizo desde la visión europea y ello cambió indefectiblemente el curso de los acontecimientos y de la memoria en el continente. En parte, de manera positiva y negativa, ese lastre ha acompañado los procesos de identidad y afianzamiento de las naciones latinoamericanas.

Añade Caballero Calderón que, “América no aportó cosa fundamental, desde el punto de vista filosófico, al concepto europeo del mundo y del hombre. Fue un campo de expansión colonial que no llegó a tener influencia intelectual. Es decir, en los siglos XVI, XVII y XVIII la importancia de América fue puramente económica, en el XIX fue crisol de las influencias políticas y literarias europeas, [y] en el XX fue tierra de descargue. América tardó mucho en interesar como fenómeno histórico independiente”. Sin embargo, con la intención clara de sopesar en la balanza el verdadero impacto

de América sobre Europa anota en el mismo apartado que, “Se descubrió con sorpresa que América tenía un pasado histórico venerable y un interés científico y artístico que traspasaba los límites de lo puramente anecdotico, registrado superficialmente por los cronistas de indias (1963, 23).

Se descubre con sorpresa en estas palabras de Caballero Calderón, que aunque no mencione las influencias, –punto de crítica a su obra ensayística ya que en sus ensayos aparecen muy pocas notas explicativas al pie, y casi nunca cita a escritores latinoamericanos–, hay en sus apreciaciones una identificación con el pensamiento de ensayistas continentales como el ya citado Baldomero Sanín Cano y otros como el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el mexicano Alfonso Reyes, por solo indicar algunos.

El primero de ellos había escrito un ensayo titulado “Influencias de Europa sobre la América española”⁷ y el segundo, en su célebre texto *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, había dedicado el primer capítulo a hablar sobre el “descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación europea”⁸, mientras que el mexicano Alfonso Reyes había acuñado la famosa sentencia de “la llegada tarde de América al banquete de la civilización occidental”. Unos y otros, con formación europea a sus espaldas, dueños del dominio de varias lenguas y conocedores como ningunos de las vicisitudes sociales del momento que les correspondió vivir habían puesto en la palestra y en tela de juicio sus inquietudes sobre la consolidación de lo nacional sin desconocer en ningún momento la influencia europea, pues para nadie era un secreto que sin bien la espada y la cruz nos habían sido impuestas por España, también la cultura de la lengua a un modo muy precario todavía nos venía de ella, que a su vez era mestiza y producto de otras culturas y civilizaciones.

Dice Caballero Calderón que, “La independencia espiritual no consiste en renegar de Europa, desoir la voz de España que canta en nuestras venas, no leer a los clásicos que nos dieron su lengua ni aceptar la máquina y la higiene que nos vinieron de Estados Unidos. Ni se trata de vestir como alcaldes de Pissac, tal cual querían nuestros cándidos sociólogos indigenistas. [...] Lo que caracteriza el nacimiento de una cultura o un nuevo tipo humano, es el reconocimiento interior de que los problemas han co-

7 Sanín Cano Baldomero. *El oficio de lector*. Compilación y prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989.

8 Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Colombia: Fondo de Cultura Económica, 1994.

menzado a plantearse de otra manera, o han dejado de plantearse porque ya no interesan, o son otros problemas. Se comienza a mirar el mundo desde otro ángulo y con otros ojos, lo que no debe confundirse con una simple revolución que estalla de buenas a primeras y se puede ordenar o reprimir con un decreto (1963, 448).

En *Americanos y Europeos* reactualiza los temas que lo han venido preocupando a lo largo de sus disertaciones críticas y que igualmente aparecen en sus escritos novelísticos: la complejidad de las razas, las costumbres, los dialectos, las formas de vida de los pueblos, los ritos religiosos, las grandes unidades nacionales, el mestizaje y la relación campo-ciudad entre otros, son objeto de agudas reflexiones, que a veces se quedan en la impresión personal por eso de que el escritor-narrador se sobrepone a la mirada crítica del ensayista, pero que no invalidan en ningún momento los acertados juicios que hace. Es decir, problematiza las relaciones entre América y Europa, las analiza “precariamente” con los instrumentos del sociólogo, del historiador y del político; pero invariablemente se superpone el hombre letrado: aquel que diserta sobre el mundo y sus alrededores a través de sus cavilaciones y conjeturas, dejando entrever un rico acervo de ideas y planteamientos que nutren las discusiones sobre el tema que se dieron durante casi todo el siglo xx.

Coincide con el mexicano Alfonso Reyes en las observaciones que hace en “Notas sobre la inteligencia americana”⁹ concluye que aunque América sea un trasplante de poblaciones europeas que trajeron al Nuevo Mundo su lengua y sus costumbres, Americanos y Europeos son sustancialmente distintos, no solo por el medio, por el clima, por la educación y por la raza, sino sobre todo por causas de orden histórico y psicológico (23) y que muy a riesgo propio podría decirse que América ha sido lo que Europa no pudo ser: lo que cantaron Tomás Moro, Hobbes, Erasmo y Rousseau en sus “Utopías” (24). Al igual que Germán Arciniegas se atreve a decir –tanto en lo que connota de negativo y positivo esta aseveración- que América es el reverso de la historia europea o la proyección de los sueños de sus utopistas y sus humanistas del renacimiento.

Otro libro de ensayos primordial y desconocido es, *Suramérica tierra del hombre* (1944), que como la mayoría de sus textos lleva un prólogo

9 Reyes, Alfonso. *Última tule y otros ensayos*. Selección y prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991.

escrito por él mismo donde expresa que ha vuelto a releer esta serie de ensayos después de catorce largos años de haberlo escrito y aunque le parece un poco caótico y apenas un esbozo inacabado cree firmemente que lo escrito allí tiene una vigencia pasmosa para los estados suramericanos. Caballero Calderón, heredero de la profética Carta de Jamaica de Bolívar escrita en 1815 y el ensayo “Nuestra América” de José Martí, revela en estos escritos su percepción sagaz de un mundo en expansión, lo que haya de errado o dogmático en estos ensayos lo atribuye a su falta de experiencia sobre el tema que se proponía desarrollar en ese entonces (1941), pues recoge sus reflexiones durante los viajes como corresponsal, que más que un trabajo periodístico trata a la vez de reivindicar el placer de viajar y conocer no desde la ventana de un vagón de tren, sino desde la ventana del pensamiento de un agudo y perspicaz observador del paisaje, del entorno y de los modos de vida de los pueblos y países que visita. Él mismo lo corrobora al escribir:

Fue escrito por un viajero que ha tenido la suerte de recorrer el continente de Norte a Sur y de Oriente a Occidente, demorándose en todas partes, visitando detenidamente todos los lugares, viajando en todos los vehículos, conversando con toda clase de gentes (268) No soy un historiador, ni un sociólogo, ni un eruditó, sino un simple viajero, [que] tiene la pretensión de conocer a Suramérica porque la ha caminado. Vano será buscar en este libro erudición libresca, referencias a otros autores y esas comillas encubiertas o francas con que los sociólogos profesionales suelen disfrazar su ignorancia de Suramérica. Aquí sólo se encuentra conocimiento de sus lugares, erudición de su paisaje y experiencia de sus caminos. Para conocer a Suramérica, pensó el autor, no es necesario leerla sino recorrerla; y para comprender su historia no es menester ir a los archivos guiado por las polillas, sino vagabundear por sus ciudades, volar sobre sus cordilleras, remontar en canoa sus ríos: ir al paisaje, en fin, y no contentarse con mirarlo desde la ventana de la biblioteca (1955, 269).

Agrega que

Lo primero que salta a la vista de quien visite cualquier país de Suramérica, desde el Brasil hasta el Paraguay, o desde la Argentina hasta el Ecuador, es lo informe, lo incipiente, lo inmaduro de todo lo suramericano. No es un mundo en proceso de expansión, como el norteamericano, ni ya caduco, como el europeo, ni creador de una nueva mística, como el ruso,

sino que no sabe todavía lo que va a ser ni lo que quiere ser porque se ignora a sí mismo". (herencia española. El comentario es mío), [pero] A pesar de todo, sigo creyendo en el porvenir de Suramérica. A pesar de sus gobiernos ineptos y personalistas, de su caos social y político, de la impreparación abrumadora de sus clases dirigentes, de los peligros de todo orden que conspiran contra su desarrollo. Hay dos cosas que sorprenderán a quien visite [este] dilatado continente que no ha querido convertirse, y tal vez ya no lo podrá hacer nunca, en una poderosa nación. Uno es la rapidez y la capacidad de adaptación del hombre suramericano a la máquina y a las nuevas formas que está tomando la civilización maquinista, y otra, la estrechísima interdependencia que, en virtud de la rapidez de las comunicaciones modernas se está creando entre Europa y América, y entre los Estados Unidos del Norte y los países hispanoamericanos (1955, 261-263).

La crítica punzante y atinada que hace al viajero norteamericano que visita los paisajes suramericanos raya en la ironía, el humor y la verdad. El viajero extranjero viene a estas tierras esperando encontrar lo exótico, lo fabulario pero también lo burlesco. Su mirada de ciudadano del mundo pocas veces le permite comprender la verdadera naturaleza de estos pueblos y la riqueza que ellos aportan, de ahí que Caballero Calderón reivindique la importancia del paisaje como esencia para el hombre de estas latitudes cuándo se hace la pregunta ¿Existe el suramericano? Y se responde él mismo diciendo: "Entre el hombre del Viejo Mundo y el de América la diferencia consiste, pues, en que el primero es un ciudadano, mientras que el segundo no es más que un campesino, un aldeano. Seguiremos siendo campesinos y nuestras ciudades tendrán alma de aldeas. La geografía, todavía desconocida y misteriosa, es nuestra cultura en potencia (403). Termina con una frase sucinta que bien podría resumir las inquietudes y contradicciones sobre la idea de nación que se estaban debatiendo en el momento y que paradójicamente se aplica a nuestra actualidad: Mas ¿qué tiene de raro que en Norteamérica se nos conozca mal, si en Suramérica no nos conocemos mejor?

Vuelven a evidenciarse aquí sus preocupaciones por el tema de la nación, de la credibilidad y la fuerza de lo propio, sus raíces campesinas se imponen al hombre de mundo, a la mirada sosegada que descansa sobre las montañas y planicies de su Tipacoque.

III

Los ensayos y conferencias que componen el libro *Latinoamérica, un mundo por hacer* fueron escritos en 1944 y publicados en el *Semanario Sábado* en pleno auge y decadencia de la llamada República Liberal, y las conferencias se hicieron con el fin de llamar la atención de las juventudes de los países latinoamericanos, y en especial de los universitarios de Colombia, hacia los problemas del porvenir de estos pueblos, esto es interesarlos en la política y en situaciones que tienen que ver con el desarrollo de la sociedad, para que no caigan en la indiferencia, pues cree firmemente el autor, que tanto Latinoamérica como Colombia, no sabe lo qué es ni para dónde va puesto que está sometida al triunfo de las potencias.

Con una visión profética y realista que asombrosamente se acomoda al momento actual, considera que las democracias latinoamericanas son una falacia, ya que ellas están disfrazadas de libertad pero en el fondo son las dictaduras del más fuerte, que para nada tienen en cuenta las necesidades y los anhelos de los pueblos. Según él, tres tipos de clases dirigentes han venido desangrando al país a través de toda su historia: en unas partes gobiernan castas militares, cínicas y corrompidas, que sólo la literatura oficial puede hacer pasar por democráticas. En otras partes gobiernan Plutocracias que se reparten a su amanero no sólo las riquezas de un país, sino sus posiciones más altas. Y finalmente, hay países en los que gobiernan secularmente clases que tienen un firme concepto de su prepotencia racial, y que siguen mirando en el pueblo no a un conglomerado de conciudadanos infelices sino a una melancólica masa de esclavos incapaces (1944, 17). Por eso cuando se refiere al Estado y a la Nación en América observa que:

En Europa primero aparece la Nación y después el Estado [...] Allí la ley o precede al hecho, sino que nace como consecuencia, o como resultante, o como experiencia de los hechos que esencialmente la determinaron. [...] Las grandes ramas del Estado se van formando presionadas por las circunstancias y las necesidades. No se establece como organismo independiente el ejército para hacer la guerra, sino que la necesidad de hacerla con mayores ventajas y menores riesgos que el enemigo, produce la ciencia de la táctica y la jerarquía militar. Los tribunales de justicia nacen para impartirla, después de que se han presentado acontecimientos que los hacen indispensables para no abandonar el castigo y la reprimenda al ciudadano. En todos los órdenes de la vida material y espiritual, la Nación, a medida que toma conciencia

de sí misma, fatalmente busca la constitución en Estado. Y esta simple verdad explica el hecho de que quizá los pueblos más adelantados del orbe, como son Inglaterra y Francia, carezcan de una carta escrita, y su Constitución sea un cuerpo vivo que viene haciéndose desde hace siglos y que poco a poco va modificando sus órganos, fortaleciendo los unos a costa de los otros, creando nuevos instrumentos para satisfacer nuevas actividades. En América sucede todo lo contrario: el Estado viene antes que la Nación y aspira a conformarla a su imagen y semejanza (1944, 43-44).

De ahí que se constituya el Estado-Botín: un Estado por el cual no se lucha sino que se disputa. Para Caballero Calderón una de las características del Estado colombiano [y de sus grandes males] es que no tiene memoria. El Estado era lo que fuera el Presidente de la República. No era un ideal tradicional, sino una concepción mezquinalmente personalista. Un Estado que no tiene memoria de sí mismo ni es la memoria de una nación que perdió la suya en la conquista y acabó enterrándola en la revolución de independencia. Es un Estado que no ha sabido plasmar una nación a su imagen y semejanza. Por eso entre Estado y Nación siempre ha habido discrepancia (321).

Manifiesta el ensayista cierto pesimismo y nostalgia ante las situaciones de la época, cree que las doctrinas (la de Rusia por ejemplo) y las creencias en ellas se han desprestigiado y desvirtuado. Antes se creía en la justicia, en la verdad, en el liberalismo, en la democracia. Pero eso ha cambiado radicalmente porque “La realidad no tardó en demostrarnos que en el mundo desempeñan mejor papel los apetitos que los ideales. Estos apenas sirven, como la retórica, para disfrazar la mortal torpeza de los instintos humanos” (14).

Sus críticas son pertinentes porque demuestra no sólo que tiene juicio crítico, sino también tiene un gran dominio de los temas políticos y culturales del momento. Sabe lo que está pasando en Francia, Inglaterra y Norteamérica y cómo eso que está pasando atraviesa los conflictos y situaciones latinoamericanas. Para él, [...] El país parecía moralmente castrado. ¿Qué ambicionaba para el porvenir? Sencillamente un comprador firme para su café, un banquero generoso para sus empréstitos, una cordialidad protocolaria para con sus vecinos. Se vivía en una sensación de progreso pero, nuestros militares se habían convertido en miserables burócratas, los

estudiantes en simples perseguidores de títulos, los políticos en cazadores de posiciones oficiales; los congresos en melancólicas ferias de apetitos; los maestros en repetidores de textos (15).

No obstante le da importancia al espíritu, “cree que el hombre latinoamericano que es cósmico, que es un hombre nuevo en el mundo por ser producto de todas las razas y todas las influencias al igual que lo fue alguna vez Europa, debe concretar en él la síntesis del nuevo hombre universal, el ideal humanista de Moro y de Hobbes. Opone el hombre histórico europeo frente al hombre espacial latinoamericano, el primero deviene de las influencias espirituales de la urbe, el segundo de las influencias primigenias del paisaje. El primero se constituyó sobre dos valores: la raza y la historia, el segundo por la mezcla de sangres y el paisaje” (20). En esencia, propone una cultura latinoamericana fundada no sólo en la integración económica y comercial sino también en el mestizaje fecundo y constante.

El ensayo, *Los problemas sociales en Latinoamérica* nos deja ver a un Caballero Calderón que en ciertos juicios se identifica con ideas conservadoras y de derecha –de todos modos pertenecía a una clase privilegiada– aunque como letrado e intelectual revela las preocupaciones de su sociedad como son: el atraso, la desigualdad, el mal gobierno, etc. Con respecto a la ideología marxista acota que no se acomoda a la realidad, geografía y problemas raciales del medio latinoamericano. Es una crítica también a todo lo que se importa de afuera sin que se acomode al propio medio. De ahí que plantee que hay diferencias fundamentales entre los países europeos, los sajones y los de América. Diferencias de índole histórica. Que tienen que ver con lo que los españoles hicieron en América: aplastar la conciencia nacional del indígena.

En cuanto al estilo de estos textos el mismo autor señala sus falencias e incorrecciones en la parte estética y las repeticiones que buscan precisamente fortalecer y enfatizar su intención de llamar la atención de las juventudes universitarias. Escribe estos artículos convencido de que debemos ser ciudadanos del mundo y no meros habitantes de territorios ubérrimos que están dispuestos a entregarse al mejor postor, convencidos de su propia flaqueza. Por eso justifica sus apreciaciones anotando que es “apenas un hombre que se complace en mirar procurando que no le enturbie la visión el vidrio deformante de los prejuicios y las apariencias [...] en sus escritos solo se debe buscar una impresión estrictamente personal de lo que está pasando (25).

Se reitera sin embargo, que en sus planteamientos hay posiciones encontradas: de un lado, intenta ser objetivo en sus cavilaciones, pero de otro lado, presenta ciertas ambigüedades. A veces minimiza a América frente a Europa, pues todo le parece mejor logrado allá, es casi como la expresión de una idealización, pero al mismo tiempo sabe analizar por qué el sentido histórico es distinto y por qué como decía Martí no se pueden trasplantar simplemente las ideas. Crítica el medio colombiano pero también reconoce las causas de esas deficiencias y la manera de superarlas.

IV

Las cartas colombianas son otra manifestación del pensamiento de Caballero Calderón que debe conocerse. En general estas cartas manejan otro tono, un estilo se podría decir más literario, descriptivo y narrativo. Aunque conservan la lucidez de las apreciaciones y conocimientos del autor sobre lo que escribe y diserta, hay un tono más melancólico y sentimental, de dolor por la patria, por Colombia, por lo que él siente que pasa con este país. Es un viajero del mundo como él mismo lo expresa y ello no le impide sentir dolor por su patria. Confiesa que estas cartas le implicaron un esfuerzo espiritual, “Y un esfuerzo moral, porque le obligaron a volver dolorosamente la cabeza hacia atrás, para mirar el reguero de lágrimas y sangre que va dejando la política en los campos de Colombia” (1963, 236).

Otra particularidad de este libro de ensayos consiste en que escribe y se dirige a un hipotético lector al que denomina “Querido amigo”. No van en realidad dirigidas a nadie. Por ser para todo el mundo, no habrá quien se sienta en particular el destinatario. La invitación la hace en este tono:

[si] usted no aprecia ni agradece el esfuerzo espiritual que he realizado al escribirle estas cartas, ni se da cuenta del sufrimiento moral que he tenido al concebirlas, cuando menos le pediría que reconozca la sinceridad que representa, en un escritor, el prescindir de toda vanidad literaria para dedicarse a decir cosas pequeñas sin ton ni son, como las va observando y como le van saliendo. Dejé toda vanagloria en el tintero para no mojar la pluma sino en la verdad dolorosa. Prescindí de toda preocupación idiomática, con el solo deseo de ser más claro, más crudo y más veraz, a fin de que pudieran entenderme los choferes y las cocineras. Si usted aprecia al menos este último esfuerzo, me declararía satisfecho por haber escrito este libro, en cuyas páginas encontrará usted reflejadas mi vergüenza y mi rabia (1963, 236).

Las primeras cartas describen algunas regiones del país como la Guajira, Boyacá, los Santanderes, Pasto, etc; no sólo para mostrar una radiografía del estado del país sino la vergüenza del olvido y empobrecimiento en que se hallan. Daremos una mirada breve a las *Cartas utópicas*, por estar centradas en ellas la posición del autor frente a temas de corte más metafísicos e idealistas que atañen a Colombia. Si bien las primeras cartas describen ciertas regiones como ya se dijo, éstas hacen reflexiones y disertaciones sobre la condición humana, sobre la tierra, la erosión, el campesino, etc. Las cartas utópicas nacen de la lectura de utopistas como Platón en su libro de *Las Leyes* (donde se analizan las características de una república ideal), de Tomás Moro con *Utopía*, de Francis Bacon con su *Nueva Atlántida*, y, de Erasmo, de Rosseau y Chateaubriand.

En una de las cartas alude a los pocos libros y revistas que se producen en Colombia en comparación con Chile, Argentina y Brasil. De manera idealista y elitista reivindica la cultura señorial y de viñeta, al decir que hace 100 años, es decir siglo XIX, se admiraba a Colombia (La Atenas suramericana) por el vigor intelectual de los oradores retóricos, la riqueza ideológica de sus estadistas y, el ímpetu creador de nuestros escritores y poetas. Estas observaciones las afianza y desarolla en *Historia privada de los colombianos* (1960), al poner en tela de juicio en “Cangrejos y ermitaños” el papel del escritor colombiano. Afirma que éste “Está avocado a juzgar la realidad colombiana de acuerdo a patrones intelectuales extranjeros, a arquetipos que de alguna manera deforman nuestra propia historia. A saber: la España del Renacimiento (concepción católica y colonial de la sociedad), la Francia de la Revolución (concepción individualista y romántica), la Inglaterra de Manchester (utilitaria y mercantilista), los Estados Unidos de comienzos del siglo (capitalista y pragmática) y la Rusia de Stalin (marxista y revolucionaria) (267). Esto hace que para nosotros tenga autoridad todo lo que es extraño y no nuestro. De ahí que se fomenten las malas pasiones entre los gobernantes y los ciudadanos.

Finalmente, haremos referencia a su libro de ensayos titulado, *El nuevo príncipe. Ensayo sobre las malas pasiones*. Esta serie de escritos dejan ver una faceta filosófica del escritor, quien trata de emular en ellos el tono y la intención con que fue escrito *El Príncipe* de Maquiavelo. Precisamente se basa en él, para dar sus opiniones sobre la política y las malas pasiones de los gobiernos. Anota al respecto que, “No tendría el hombre por qué sorprenderse de esa melancólica y periódica regresión a

la barbarie, si reconociera que esencialmente no ha variado gran cosa: que su corazón, es decir, que sus pasiones, sus sentimientos y sus instintos, son inalterables por naturaleza. La cultura y la civilización pueden disfrazarlos y trocarles la apariencia, pero en el fondo son los mismos" (1963, 790), porque los pueblos y sus gobernantes son como los niños, ya que confunden cultura con civilización y,

La cultura es una obra del espíritu, y significa su progresivo engranamiento, forjado a costa de dolores y de trabajos, de angustiosas caídas, de retornos y rectificaciones, de descubrimientos y desilusiones sucesivas [...] El mundo del espíritu se complica a medida que se profundiza la cultura. La civilización, que es su aplicación material, se refiere más que todo a los cuerpos y a la vida económica. [...] [Es decir], mejora la vida del hombre en el sentido de que la vuelve más cómoda y amable. Por eso no es lo mismo un pueblo culto que uno civilizado (1963,829).

A decir de Juan Lozano y Lozano, Eduardo Caballero Calderón, maneja en sus ensayos un estilo claro, preciso y conclusivo, cuya interpretación central es el hombre colombiano y por extensión el hombre Americano, en función de su raza mixta y de su experiencia histórica, de español y de indio. Los dos elementos de nuestra composición étnica aparecen dilucidados en su obra.

Esta aproximación a su extensa obra ensayística nos permite observar en él, una síntesis más precisa y alentadora sobre el destino de nuestro continente. Al igual que Reyes y Henríquez Ureña, Martí y otros tantos, trató de dilucidar sobre la pertinencia de las propias raíces y la influencia de Europa en América.

Bibliografía

- Caballero Calderón, Eduardo. *Ancha es Castilla*. Medellín: Editorial Bedout, 1963.
_____. *Tipacoque. Diario de ayer a hoy*. Bogotá: Panamericana, 2010.
_____. *Obras*. Tomo I y II. Medellín: Editorial Bedout, 1963.
Morales Benítez, Otto. *Ideología y cultura*. Tomo I. Volumen I. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1998.
Reyes, Alfonso. *Última tule y otros ensayos*. Selección y prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991.

Sanín Cano, Baldomero. *El oficio de lector*. Selección y prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989.

Torres Duque, Óscar. “Necesidad y problemas de una historia del ensayo en Colombia”, en: Gaceta. Colcultura. Bogotá – Colombia. N.º 36, octubre 1996, 48-36.